1795337-9x

SEGUNDA PARTE.

Dixe en la primera parte
noble y lucido congreso,
que el moro se hallaba esclavo
del peregrino sugeto
de la Cristiana, y un dia
que encontró lugar y tiempo;
la dixo Isabel querida,
no quiero q. ansias ni ruegos,
ni tan altivos ardores
con que por tí peno y muero,
te obliguen á que reniegues,
eso no permita el Cielo.
Tu eres Cristiana y yo Turco,
mas sabes que soy tan bueno,
como tú, y esto no ignoras;
pero ya esta Secta tengo,
y en ella habré de vivir:
qué me respondes à eso?
Qué te respondo, Señor?
La Ley de Dios aborrezco,
solo por seguir tu Secta,
por el amor que te tengo.
Renegó, hay mayor dolor!
hay sentir mas estupendo,
que dexe la Ley de Dios
por este mundo terreno!
Casóse en fin, y gozaba
en los brazos de su dueño
los finísimos cariños,
y los amores mas tiernos.
Dexemos pues à la Dama,
y vamos á los lamentos,
ansias, fatigas, suspiros,
que padecia el mancebo,
hermano de la tal Dama,
que ya referido dexo,
en ver que habia renegado,
sin mirar tan grande yerro,
en lágrimas se deshace,
y dice: Jesus inmenso,
Señor, mirad por mi hermana,
dadla tan feliz acuerdo,
que mire lo que perdió,
y vuelva à reconoceros.

Es-

Estando en estas razones
llega la hermana, y oyendo
la súplica que allí hacia,
le dice: Hipócrita, necio,
no te seria mejor
el hacer lo que yo he hecho?
reniega de Dios; reniega,
y verás con que contento
comes, vistes y paseas.
Y él la respondió diciendo:
Muera yo en estas fatigas,
pues de Dios espero el premio,
la Ley de Dios resplandezca,
vive como estás viviendo,
que al fin de tanto regalo,
arderás en los Infiernos.
Tanta rabia concibió,
q. pidió á su amante dueño
castigase aquel esclavo,
no de una vez sea muerto,
si qué quiere poco á poco,
que rinda el ultimo aliento.
Palos, golpes, bofetadas,
salivas y vituperios
le daba toda la casa, (ño.
desde el grande hasta el peque-
El pan le daban por onzas;
tan lleno de tierra y prieto,
que á no serle tan preciso,
muriera por no comerlo.
De esta suerte estuvo un año,
hasta que los sacros Cielos
dispusieron que pasase
en la forma que refiero,
y fué, que un barco de paz
de aquel Valenciano Reyno
llegó á la Ciudad de Argel,
llegando el mozo á saberlo,
le escribió una carta al padre,
bañado con llanto el pliego,
dice: Padre de mi alma,
quieran los Divinos Cielos,
q. á vuesa merced esta llegue,
y le halle como deseo.
La mia es poca, Señor,
y tan poca, que el aliento
no me anima á escribir
las letras que manifiesto,
y son con tanto dolor,
tanto, y mas q. el que padezco.
Mi hermana, Señor, mi herma-
perdió la gracia del Cielo, (na
ay de mi! que renegó,
sin mirar á Dios eterno,

y

y aun me dixo muchas veces,
que hiciese tambien lo mesmo,
y porque hacerlo no quise,
y porque le dí consejos,
pidió cruel á su esposo,
me diese castigos fieros.
Todos me injurian, Señor, (ño,
desde el grande, hasta el peque-
el pan me lo dan por onzas,
tan lleno de tierra y prieto,
que á no serme tan preciso,
muriera por no comerlo.
Esta es, padre de mi alma,
la novedad que yo tengo
que avisar solo, y que sepas,
que no vivo, sino muero.
Llegó la carta á su padre,
y asi que el anciano viejo
por su vista la pasó,
en lágrimas se ha deshecho,
tanto que pudo igualar
su llanto con el de Pedro.
De su casa se salió
con sosegado silencio. (gel,
Buscó un barco, y fuese á Ar-
prevenido de dinero,
para rescatar su hijo,
las diligencias haciendo,
supo quien era su amo,
y hablóle cuerdo y modesto,
el intento que llevaba;
y el respondió: Es hijo vuestro?
Si Señor, que eso me obliga
á verme como me veo.
Salió la hija á llamar
su esposo con dulces ecos,
y el padre asi que la vió
la reconoció al momento.
La dixo: Fiera traidora,
cómo con villano pecho,
y con corazon dañado,
perdíste de Dios el Reyno?
Vuelve en tí, mira y repara
que Jesus de Nazareno
pasó crueles martirios
por librarte del infierno.
Ella le respondió: Padre,
es predicar en desierto,
yo bien estoy, y bien vivo
en la Secta que profeso.
Viendo la resolucion,
á ella se arrojó diciendo:
Infame, cruel, traydora,
muere tu, pues que yo muero.

Por

Por la garganta la coge,
y sacando un fuerte acero,
à no estorbarlo su Esposo,
viera allí su fin postrero.
En altas voces decia:
fenezca ese infame vieo,
y este traydor de mi hermano.
Y apenas aquesto oyeron,
una grande hoguera encienden
y à los dos echaron dentro,
y en el fuego como estaban
dicen: Sacro Dios inmenso,
las almas sacrificamos
à un Dios q. es tan justo y bueno,
misericordia, Señor,
y de esta suerte murieron,
y se oyó una voz que dice:
Los que en el fuego murieron
gozan de Dios sacra Gloria,
y la hija en el Infierno
padece y padecerá
siglos por siglos eternos.
Supo el suceso la madre,
y se entró en un Monasterio,
donde hace santa vida,
dando à todos santo exemplo.
Señores, la historia es esta,
y este es el fin del suceso,
y el Poeta pide humilde
perdon de sus muchos yerros.

FIN.